



BEATA SOR FRANCINAINA

Francinaina Cirer i Carbonell, nació en Sencelles, pueblo en el interior de la isla de Mallorca, el día 1 de junio de 1781. Sus padres eran unos honrados y humildes campesinos llamados Juan Cirer y Juana María Carbonell se habían casado en 1771 y tuvieron 4 hijos. Juan, Sebastián, Francisco i Francinaina.

De niña jugaba y se divertía con sus amigas pero también empezó una vida dedicada a seguir las enseñanzas de Jesús. Ayudaba a sus padres en las tareas de casa y las del campo, una finca a las afueras del pueblo llamada l' Erissal, entonces su madre acostumbraba a darle para merendar un pedazo de pan con queso o con sobrassada. Ella al encontrarse con otros pastorcillos, que no llevaban comida suficiente, solía compartirla.

A su madre le gustaba que fuera vestida con el traje de payesa que la familia se podía permitir, pero a Francinaina le gustaba llevar telas más modestas. Cuentan que salía de casa vestida, según los deseos de su madre y al llegar al domicilio de una amiga se cambiaba con un traje negro y se iba a la iglesia Parroquial de Sant Pere, a rezar. Rezaba con tanta devoción, que la gente que la veía se quedaba admirada.



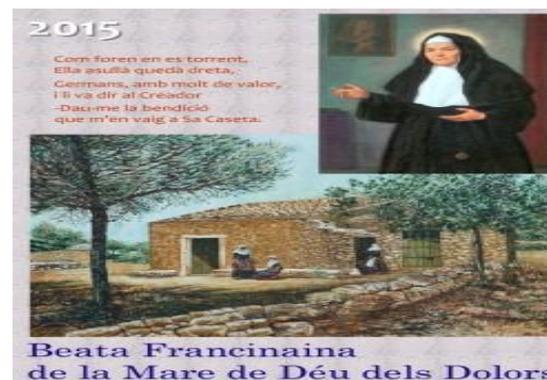
Al salir, se cambiaba de ropa para presentarse ante su madre, como había salido vestida de casa. Un día, la madre pidió a una amiga, si le había gustado el traje de Francinaina. La amiga le contestó, que la había visto en la Iglesia, pero llevaba un vestido de color negro, como el que llevaba siempre. Al verse descubierta aceptó la reprimenda con paciencia.

Tras morir su madre, sus hermanos y por último su padre se quedó sola, tenía 40 años y empezó a llevar la vida que siempre había deseado desde la niñez, consagrarse a la vida religiosa. Muy a pesar suyo, se lo impidieron innumerables dificultades. Pero se entregó en procurar el bien espiritual a todas las personas.

Decidió que llevaría en su casa, una vida dedicada al servicio de los demás junto con su amiga Magdalena Cirer Bennassar.

Su casa fue un verdadero refugio para todos los necesitados de Sencelles. Su caridad desinteresada y sus buenas acciones se iban extendiendo por los pueblos vecinos. En su casa solía educar a los niños y jóvenes cristianamente; a los pobres y enfermos les daba consuelo y si podía remedio. A todos los que le pedían ayuda por algún problema que tenían, con charlas oportunas, les animaba siempre hacer el bien.

Era la maestra, la consejera, la madre de todos. A pesar de no saber leer ni escribir, sabía inculcar a quien la escuchaba, los valores necesarios para enfocar la vida. A los jóvenes, los entretenía con inocentes divertimentos en su casita de campo, (L´Erissal) y les daba saludables consejos.



Con su ejemplo, les enseñaba las prácticas religiosas más esenciales, como rezar el Rosario y el Vía Crucis (Pasión y muerte del Señor). Junto a ella, todos se sentían bien. Con su trato ameno y siempre apacible, atraía y cautivaba a todas las personas de todas las edades.

Todo el pueblo, sin distinción de clases sociales, la respetaba y acudía a ella con plena confianza. Para todos tenía una palabra de consuelo que la mayoría de las veces servía de eficaz remedio.

Como el que dio a una niña que tenía a su madre enferma y necesitaba ir a comprar, el medicamento que le había recetado el médico, a la farmacia del pueblo vecino de Binissalem. Sor Francinaina se quedó con la madre enferma y como llovía le dejó a la niña su sombrero para que le sirviera de paraguas. A pesar de la distancia y la lluvia la niña regresó sin mojarse ni un solo hilo de la ropa. Otro día, recibió la visita de una mujer mostrándole a su hija de unas semanas, que nació ciega. Ella se puso a rezar y al momento la niña recobró la vista. La fama de sus milagros se iba extendiendo por todas partes y desde pueblos distantes acudían a ella para admirar sus virtudes, pedirle consejos o consolarles en sus penas.

También evitaba hechos premeditados. Se presentó de noche a cierta casa, en el preciso momento que el dueño abría la puerta para salir a realizar un robo. El hombre sorprendido, al oír que Sor Francinaina lo reprendía por su mala intención, recibió de ella una limosna para que no tuviera necesidad de ir a robar.

Otra vez partió a altas horas de la noche, por la carretera que va de Sencelles a Inca y exactamente en el punto que ella pensaba que algo estaba ocurriendo, sorprendió a un padre y a su hijo que se estaban peleando. Les recriminó lo que estaban haciendo y arrepentidos la acompañaron al convento. Una vez allí, el padre y el hijo se abrazaron y nunca más se volvieron a pelear.

Las innumerables obras de caridad hacían que su casa fueran un verdadero "refugio" para los necesitados, pero también quería que su casa siguiera siendo un lugar de caridad en el futuro. Allí nació la casa de las Hermanas de la Caridad, una comunidad religiosa fundada por Sor Francinaina que es el ejemplo, para todas las comunidades que continúan su obra.



Pero entonces la casa de la familia Cirer, no reunía las condiciones para cobijar una Congregación. La cual no sólo debía dedicarse al servicio de los enfermos sino también a la enseñanza. Así que, se necesitaban espacios para una escuela y Sor Francinaina no tenía dinero (se dice que sólo poseía, una onza de oro, ochenta pesetas de las de aquellos tiempos) para hacer frente a todo este gran proyecto. Pero, aun así, da su permiso para que empiecen las obras de reforma. Esperando que el Señor la ayudaría, pues otras veces habían sucedido cosas inexplicables, como que brotaran flores de troncos secos que tenía entre sus manos.

Logró que se terminaran las obras, sin deber nada a nadie. Pero en el tiempo que duraron las obras, se fueron sucediendo continuos milagros: el agua de la cisterna que apenas bastaba para empezar la obra nunca faltó. Al ponerse el sol, cuando los obreros dejaban

de trabajar y no tenían materiales de construcción para continuar, al día siguiente cuando llegaban a la obra, se encontraban abundantes materiales para seguir. Acabadas las obras indispensables, llegó el día ansiado. En los últimos años de su vida pudo fundar en su propia casa, el Convento de las Hermanas de la Caridad. Con la autorización del Ilustrísimo Sr. D. José Amengual y Hernández, Vicario General, el día 7 de diciembre, segundo Domingo de Adviento del año 1851, cuando había cumplido los 70 años, recibió el Santo Hábito junto con otras compañeras. Con el nombre de Sor Francinaina de los Dolores de María Cirer, quiso empezar su camino como religiosa y puso al nuevo convento bajo la protección de la Virgen de los Dolores.



Sus otras compañeras tomaron el nombre religioso de: Sor Magdalena de San Vicente de Paúl Cirer y Sor Concepción del Corazón de Jesús Serra. En los votos religiosos, se proponían principalmente servir a los enfermos a domicilio, donde quiera que fuesen llamadas y dedicarse a la enseñanza de la doctrina cristiana de las niñas, tanto en el convento como en los distintos caseríos de la Parroquia. Sor Francinaina fue nombrada Superiora de la naciente Comunidad, cargo que desempeñó hasta su muerte. Desde entonces hasta hoy, en Sencelles la siguen llamando "La Madre Superiora".

El 27 de febrero de 1855 subió al cielo junto a su bien amado Jesús y la Virgen María. La noticia corrió con la velocidad del rayo y una enorme multitud, de toda la isla, compareció a rendir tributo de admiración a su querida Sor Francinaina.



El día 1 de octubre del año 1989, el Papa Juan Pablo II beatificó a Sor Francinaina Cirer. Ahora como Beata y desde el cielo no se olvida de los que en la tierra la invocamos y ella derrama a manos llenas sus bondades, sobre todos nosotros.

https://www.youtube.com/watch?v=r4YUzCSEw_8

<https://www.youtube.com/watch?v=M6xB9dbtluU>

Francisca Salvá Tomás

27-2-2021